

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA ESTADOS UNIDOS: TERRORISMO Y CRISIS ECONÓMICA

Marcos Winocur

Los norteamericanos están viviendo una tragedia nacional que paradójicamente les ha hecho un bien en más de un sentido. Veamos. No por obvio dejaré de recordar: sin armas, difícilmente haya guerras; y menos en estos tiempos de sofisticación electrónica. Y resulta que las armas no se regalan, se venden, y muy caras. Conclusión: para cierto tipo de inversiones, la paz es un mal negocio. Así, días después de la catástrofe, cuando se reabrió la bolsa en Nueva York, las acciones de las empresas de armamentos se fueron al alza, constituyéndose en esperanza para el desangelado *Wall Street*. Y para la economía norteamericana y mundial.

Todavía en fase de preparativos, 35 000 hombres de la reserva han sido movilizados. Esta medida no podría ser más oportuna por sus efectos secundarios: 35 000 unidades retiradas de la producción sin que ingresen al desempleo. Todo esto, desde luego, en el marco de la recesión en Estados Unidos, cuando las bajas en las tasas de interés, a que se ha recurrido para estimular otras inversiones, son tan remedio como aspirinas para tratar el cáncer. Cae la demanda en los mercados y consecuentemente la oferta prevista no encuentra consumidor. La sobreproducción, lejos de traer la felicidad, diseña la crisis. Sobran mercancías, sobran brazos. Y es cuando Estados Unidos se acuerda de aquel viernes negro del año 1929 en *Wall Street*. Hoy, como entonces, miles de trabajadores son licenciados en las empresas industriales –cuyo descenso en la producción ha sido constante en los últimos 11 meses–, y aparece casualmente la perspectiva de una buena y saludable guerra que promete un fusil para esos brazos

sin que por eso sus dueños dejen de ser consumidores. Frente a la recesión, negocio redondo. No quiero pensar maquiavélicamente que el presidente Bush y Bin Laden se han puesto de acuerdo para salvar la economía norteamericana y el primero busca al segundo para darle las gracias... pero luce “como si”.

Trátase de un fenómeno del tipo “anomia”, una suerte de depresión psíquica generalizada que acompaña los periodos de crisis económica. No sólo quiebran los negocios sino la confianza depositada en el sistema. Y todos bajan la guardia. Los gobiernos dejan de tomar, y los pueblos de exigir, las medidas que la hora impone para la sobrevivencia. Y en cambio, los enemigos declarados parecen tener el campo libre para sus “iniciativas”. Ocurrió —como reiteradamente lo señala Winston Churchill desde el capítulo primero de sus *Memorias*— en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando las potencias occidentales bajaron la guardia frente a Hitler, cediéndole territorios en una llamada “política de apaciguamiento” que por cierto no evitó la guerra y sus millones de víctimas. Churchill no puede ser más explícito: “De cómo la causa de todo fue el no mantener desarmada a Alemania”. Este país —se recordará— así quedaba obligado por el Tratado de Versalles. Salvando las distancias y toda proporción guardada, el fenómeno se dio en Estados Unidos antes del 11 de septiembre. La evidencia mayor: pululaban los terroristas dentro y fuera del país, se entrenaban para el operativo bajo las narices de la CIA y del FBI, y éstos de nada se daban cuenta. Hubo voces que alertaron: una bomba atómica se puede transportar en un par de valijas, las bacterias o virus de una bomba biológica en una mamilas de bebé. Voces que no fueron escuchadas por el gobierno ni por el pueblo norteamericanos, y así llegó el 11 de septiembre: un avión comercial puede convertirse en eficaz misil cuando median voluntades ganadas para el fanatismo religioso al grado de suicidio.

Puedo imaginar un pasajero en trámite de abordar un vuelo, antes del 11 de septiembre: “pero... ¿qué se creen?, ¿me han visto cara de terrorista?, ¿es una afrenta a la privacidad revisar a la gente y a las maletas!, ¡oiga!, ¡a mi mujer no la toca...!” Y el mismo pasajero, después del 11 de septiembre: “qué bueno, revise, revise nomás, mi amigo, cuanto más estrictos sean, más seguros viajaremos, a mi señora también, aquí no co-

rren los privilegios...”. Como siempre citaba mi tía Eutanasia: “nadie escarmienta en cabeza ajena”. Fue necesario herir a Nueva York en sus torres emblemáticas y a Washington en sus centros de poder, para que el norteamericano medio reaccionara.

Todo cambió en cuestión de minutos. “El gigante ha despertado” –repitió George W. Bush. Y cabe agregar, parafraseando a Tito Monterroso en su cuento más breve del mundo: Y cuando despertó, la vulnerabilidad estaba sentada a su lado. Por su parte, la prensa comentó: un nuevo Pearl Harbor. Dramática constatación: el gigante es vulnerable desde el aire y “por correspondencia”, seguidamente apareció el ántrax, y quién sabe qué otras variantes podrá encontrar el terrorismo. Pero dio la impresión de que el gigante se recuperaba rápidamente de la sorpresa y el presidente hijo lograba lo que el presidente padre contra Irak una década atrás: sumar aliados a su causa, aislar al enemigo, encabezar una coalición, si bien aún no está claro cuánto durará y hasta qué punto tendrá carácter militar. Y le favoreció un cambio de imagen. Como lo ha señalado Mihály Dés en *Lateral*, inusualmente Estados Unidos se vio colocado en posición de víctima luego de los atentados. Pero tampoco esa imagen resulta eterna, sino que gira conforme lo hacen los acontecimientos: los bombardeos anglonorteamericanos sobre Afganistán han pasado a colocar a este país en posición de víctima en lugar de Estados Unidos. Los muertos y los heridos se pasaron al otro bando, en lugar de las Torres Gemelas prevaleció la imagen de la Cruz Roja bombardeada en Afganistán. Y esto pone en peligro el cuidadoso obrar de George W. Bush: aprovechar las circunstancias asegurándose políticamente mientras se preparaba para una batalla que, en esta hora de los misiles, se convierte en un ejercicio de tiro al blanco pero... ¿dónde se encuentra el blanco, es decir, Bin Laden y sus campamentos? Para esta cacería del hombre, vamos a ver si Bush hijo obtiene los buenos resultados que Bush padre, cuando, siendo presidente, interviene con su ejército en Panamá y logra la captura del hombre buscado, el general Noriega, acusado de narcotráfico. Claro, Afganistán no es Panamá. Por otra parte, tampoco es el hombre lo más importante, sino neutralizar a la organización terrorista. Bin Laden, prófugo, pero sin apoyos, vale muy poco. Bin

Laden, preso, pero su organización intacta, persiste el peligro. Por su parte, ésta no tardará en encontrar un nuevo jefe.

En cuanto al sistema, es decir, la economía norteamericana, presume de mecanismos endógenos para superar el amargo momento de una recesión. No sabemos si es cierto, cada crisis aporta su propio arsenal de novedades, y las experiencias anteriores sirven sólo relativamente. De todos modos, una guerra prolongada no le vendrá mal. La tragedia de las Torres Gemelas y del Pentágono tiene dos caras. Una, el horror, horror por partida doble: ante las víctimas y ante los victimarios, admitir que hay gente capaz de ese crimen... ¡creyendo que así merecen el cielo! Dos, las conveniencias. La tragedia sacude al gigante dormido, le crea la perspectiva de convertirse en la policía del globo en nombre del combate mundial contra el terrorismo (y el narcotráfico) y viene en auxilio coyuntural de la economía norteamericana. Tal cual lo subraya Eisenhower en sus *Memoorias como presidente*, la Segunda Guerra Mundial acabó pagando las facturas del desempleo generado durante la crisis de 1929. Así, el conflicto de Corea en los años cincuenta y, dos décadas después, el de Vietnam. Recuérdese que Estados Unidos llegó a tener medio millón de hombres movilizados. Y desde entonces han pasado más de 25 años de relativa paz, interrumpidos —es cierto— por conflictos regionales de comparativamente baja intensidad o corta duración como la Tormenta del Desierto.

En cambio, el terrorismo tiene la virtud de prolongarse, abarcar virtualmente al orbe, no se acabará con la captura de Bin Laden ni con el difícil registro de Afganistán, hay cuentas que arreglar con Sadam Hussein, etcétera. Así se ha reconocido desde las altas esferas norteamericanas. La lucha antiterrorista va a durar semanas, sino meses, se dijo el 12 de septiembre, y la gente pensó: se prolongará entonces por años. Precisamente, por años, se dijo días después, y la gente pensó: *well, well*, mejor será ir acostumbrándose a convivir con el terrorismo. ¿Se acuerdan de la película *Brazil*? En una escena situada en un futuro próximo, un terrorista pone una bomba en un restaurante, volándolo al 50%, sector donde quedan cadáveres destripados y sanguinolentos, mientras que en el otro 50% del restaurante la gente sigue comiendo y conversando como si nada, el gerente coloca un biombo para evitarles la vista desagradable. ¿A eso

vamos? Tal vez. “Cosas veredes, Sancho...”. Y por su lado, la ciencia ficción –nostradamus de nuestros tiempos– tiene ganadas varias batallas a la bola de cristal.

¿Qué más? Bin Laden y los talibanes tienen a su favor la geografía de modo que “controlarlos” llevará su tiempo... pero no los hará invulnerables: tienen su talón de Aquiles en la Alianza del Norte, afganos alzados en armas contra el poder central, que gobiernan 10% del territorio de su país y que ven en el conflicto y la intervención armada norteamericana una bendición de Alá. Estados Unidos –como ya hizo durante la ocupación soviética de hace aproximadamente dos décadas– les proporcionará mejor armamento del que tienen y los entrenará en su uso. Que hagan buena parte del trabajo, ellos, que, como afganos, tienen la geografía a su favor. De modo que el conflicto será prolongado para la buena salud de la economía norteamericana, pero no al grado de eternizarse y acabar, como los soviéticos, en una derrota. Permíteme ahora una anécdota. Estaba comentando el tema con mis alumnos del seminario en la Universidad, cuando uno de ellos, mexicano, tomó la palabra: “Profe –exclamó–, así fue con Hernán Cortés, se alió con los pueblos sometidos por los aztecas, entonces los más fuertes, y marchó luego a la conquista con sus flamantes aliados. Le dio gran resultado.” Pues... sí, la historia alguna que otra lección da y la hace sabiduría popular: “divide y reinarás”. ¿Qué falta decir? ¿Qué la Alianza del Norte es tan fundamentalista como los propios talibanes? Bueno, igualar a éstos está difícil y, además ¿no me vengas con esas ñoñerías! ¿Acaso no sabes que “los enemigos de mis enemigos son mis amigos”?

Otra ñoñería fue la tradicional obligación de declarar la guerra antes de atacar. Claro, era un gesto bonito, no voy a negarlo. Había algo de torneo medieval entre caballeros, aunque después los muertos se contarán por decenas de millones como en la Primera Guerra Mundial. En fin, vino la Alemania nazi de los años treinta y cuarenta, poco dispuesta a renunciar a la ventaja de la sorpresa, y suprimió la “formalidad” de la declaración de guerra invadiendo sin más: “el que pega primero pega dos veces”, refrán al que hoy apuestan los terroristas. Y no hablemos de Pearl Harbor. Sólo que, al citado refrán Estados Unidos opuso otro: “el que ríe

último ríe mejor”. Y entrechocando dientes de calavera, se escuchó a un nuevo personaje, llamado Bomba Atómica y desde el aire lanzado sobre Hiroshima y Nagasaki. En la Segunda Guerra Mundial, él rió el último y sus carcajadas todavía hoy las escuchamos.

Y bien, para prevenir todo eso, ya tenemos un diseño futurista: vivir entre una permanente economía de guerra, saludable a las inversiones capitalistas, y un terrorismo que la justifica. Combinada con el seguro al desempleo y el cultivar una soberana indiferencia, sería la felicidad huxleyana de todos.

¿Acaso no?